

Miguel Artola

# Los afrancesados



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

---

Obra publicada en colaboración con la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE CULTURA



SOCIEDAD  
ESTATAL  
DE  
CONMEMORACIONES  
CULTURALES

---

Primera edición: 1989

Tercera edición: 2024

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Anne-Louis Girodet de Roucy-Trioson (antes atribuido a Jacques-Louis David): *Retrato inacabado de Napoleón I*, 1808. Óleo sobre lienzo.

Musée Bonnat, Bayona, Francia. © ACI

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

© Heredero de Miguel Artola Gallego, 1989, 2024

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1989, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-555-5

Depósito legal: M. 53-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 11 Listado de abreviaturas
- 13 Presentación
- 15 Prólogo, de Gregorio Marañón
- 31 Introducción
  
- 1. La ideología afrancesada
  - 53 Los partidos ante la invasión
  - 59 El fenómeno afrancesamiento
  - 66 La acusación de traición
  - 69 Los motivos de los afrancesados
  
- 2. La ideología napoleónica y España
  - 87 Los principios generales de la política napoleónica
  - 91 Los motivos del emperador
  - 93 La evolución del pensamiento napoleónico y España
  - 98 Los proyectos de boda y la idea de la desmembración
  - 113 El motín de Aranjuez y la idea sustitucionista
  - 116 Los ofrecimientos de la corona española
  - 122 La repetición de la Historia

3. El primer reinado de José
  - 126 José I, rey de España y de las Indias
  - 132 Los intentos de atracción
  - 140 El problema financiero
  - 148 El proyecto de regreso a Nápoles
  - 151 La gestión de los afrancesados
  - 156 La intervención imperial
  
4. El segundo reinado de José
  - 162 El problema financiero
  - 167 La batalla por el poder
  - 175 La negociación con los insurrectos
  
5. El antagonismo con Francia
  - 185 El decreto de febrero de 1810
  - 193 La reacción de los afrancesados
  - 196 La política negativa
  - 201 Embajada de Azanza
  - 204 La correspondencia de José
  - 208 Embajada de Almenara
  - 215 La crisis de 1811
  - 218 Las cartas de José
  - 222 La intervención del conde de La Forest
  - 226 El viaje de José a París
  
6. El gobierno provisional
  - 237 El Consejo de Ministros
  - 241 Las cartas de José
  - 244 Las Cortes
  - 246 Situación española
  - 251 Anexión de Cataluña

	7. El fin del reinado
256	José, general en jefe
263	Nuevo intento de convocatoria de Cortes
270	La expedición de Valencia y la retirada francesa
278	La abdicación de José y el regreso de Fernando
	8. La política represiva
285	Primeras medidas contra los afrancesados
291	La venganza
293	El destierro
297	La represión
301	La actuación de los afrancesados en el destierro
306	Las purificaciones y el regreso de los afrancesados
	9. La política de los afrancesados
313	El reinado de José Bonaparte
321	El reinado de Fernando VII
331	La regencia de María Cristina
335	Notas
375	Apéndice documental
406	Fuentes manuscritas
408	Archivos españoles
419	Archivos franceses
421	Bibliografía
441	Índice onomástico



# Listado de abreviaturas

Alh	La Alhambra, Granada.
BAH	Boletín de la Real Academia de la Historia, Madrid.
BBMP	Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo.
BHi	Bulletin Hispanique, Bordeaux.
BibAE	Biblioteca de Autores Españoles.
BRABLB	Boletín de la Real Academia de Buenas Letras, Barcelona.
BUG	Boletín de la Universidad de Granada.
C.	Le Correspondant, París.
EM	La España Moderna, Madrid.
EG	Estudios Geográficos.
His	Hispania, Madrid.
HZ	Historische Zeitschrift.
IEA	La Ilustración Española y Americana.
NT	Nuestro tiempo.
Pir	Pirineos, Zaragoza.

- PCInd Publicaciones del Congreso Histórico Internacional de la guerra de la Independencia y su época (1807-1811), celebrado en Zaragoza, 5 vols. en 8.º.
- PhQ Philosophical Quarterly, Iowa.
- Polyb Polybiblion, París.
- RABM Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid.
- RCC Revue des Cours et Conférences, París.
- RDM Revue des Deux Mondes, París.
- RdeInd Revista de Indias, Madrid.
- RE Revista de España, Madrid.
- RevBAM Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo, Ayuntamiento de Madrid.
- ReAra Revista Aragonesa, Zaragoza.
- REH Revue des Etudes Historiques, París.
- REP Revista de Estudios Políticos, Madrid.
- RH Revue Historique, París.
- RHeb Revue Hebdomadaire, París.
- RHi Revue Hispanique-París.
- RHLF Revue d'Histoire Litteraire de la France.
- RInCa Revista Técnica de Infantería y Caballería, Madrid.
- RPH Revue Philomatique, Bordeaux.
- RQH Revue des Questions Historiques.



# Presentación

*Los afrancesados* es un libro antiguo, se trata de la tesis doctoral de su autor que, en su momento, ofrecía dos novedades: avanzaba hasta el siglo XIX el límite de la investigación y no condenaba a los colaboracionistas. El estudio de los afrancesados contaba con antecedentes de interés: la *Historia política de los afrancesados*, de Méndez Bejarano (1912), y la serie de artículos que publicara Viñas-Mey en el *Bulletin hispanique* en los años 1923 y 1924 con el título común de «Nuevos datos para la historia de los afrancesados». El azar, en forma de una magnífica edición de la Sociedad de Estudios y Publicaciones (1953), contribuyó a la difusión de un autor desconocido. El paso del tiempo contribuyó a descatalogar la obra hasta que en 1976, Ediciones Turner me ofreció la ocasión de revisar y actualizar el texto. Nunca, salvo en casos aislados, he sido un lector de mi propia obra, y una revisión supone escribir de nuevo. En esta ocasión disculpé mi resistencia ante mis lectores.

Y en 1989, mi hijo Ricardo publicó en Alianza Editorial la tercera impresión, que no edición, a pesar de lo que sugiere la sucesión de editores.

*Los afrancesados* había sido concebido como el primer panel de un tríptico dedicado al estudio de lo que entonces se consideraba como los primeros partidos políticos de nuestra historia: *Los orígenes de la España contemporánea* (1959). He de confesar que nunca he estado dispuesto a realizar un trabajo semejante para estudiar la última de las tablas de ese tríptico. La vida me ha deparado la ocasión de volver sobre mis trabajos de juventud para terminar lo que dejé sin estudiar en su momento. Era consciente de la importancia de los afrancesados en la historia de España, pero no me sentía con la capacidad necesaria para estudiar su intervención en la construcción del Estado unitario, el gran proyecto de los liberales, que realizaron los afrancesados desde un punto de vista conservador. En la lucha política entre progresistas y moderados aportaron a los últimos las enseñanzas adquiridas en el estudio de la administración francesa, que la política de la Restauración no podía ocultar. No soy capaz de hacer hoy lo que no hice ayer pero espero poder mostrar la exactitud de aquella hipótesis.

Ahora, la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales ha considerado que este libro puede iniciar las celebraciones que se avencinan por la efeméride de la guerra de la Independencia (1808). Las circunstancias me dan la oportunidad de recuperar el prólogo de Gregorio Marañón.

Miguel Artola, Madrid, noviembre de 2007

# Prólogo, de Gregorio Marañón

## I

Sería imperdonable impertinencia mía el ocupar esta primera página de un libro que creo fundamental, para otra cosa que para alabarlo en justicia. Trátase en él uno de los problemas más arduos de nuestra Historia, el de los *afrancesados*, problema que no se puede discutir por mera impresión, aun cuando esta impresión brote del patriotismo. Cuanto dice el autor está basado en una larga investigación y está maduramente pensado. Por lo tanto, hay que oírle, y habría que estudiar tanto como él antes de discutirle. Siempre he creído que el oficio de crítico es absurdo tal como habitualmente funciona y se acepta, ejercido sin otra razón que el autonombramiento del propio censor. La crítica no se puede ejercer con el clásico «me parece», sino con rotundos y fundamentados «esto es así». Pero como lo que yo voy a decir no es crítica sino mero divagar, a sabiendas de

que, en caso de no coincidir mi criterio con el del autor, es el de éste y no el mío, el exacto; y como, por otra parte, la forma más segura de la cortesía y de la estimación es la sinceridad, sinceramente diré, «a manera de prólogo», según la clásica frase hecha, mis impresiones sobre esta nueva y considerable contribución al estudio de los *afrancesados*.

## II

Soy yo excepcional testigo de la pulcritud y del rigor con que Miguel Artola ha compuesto su obra, con un sentido de la responsabilidad, con una falta de prisa muy poco comunes entre la juventud de hoy; así como de su afán por no limitar su tema a un problema monográfico, sino que, sobre un fondo de época, no trazado a brochazos, sino minuciosamente estudiado, coloca, lleno de vida, el argumento del libro. El hecho de los *afrancesados*, por sí solo, puede ser un dato más para la Historia; pero sólo es Historia en cuanto aparece inextricablemente unido a su ambiente. Ese ambiente es el del breve reinado de José Bonaparte. Y, en verdad, con esta amplitud de visión comprendemos mejor lo que fueron los *afrancesados* y también lo que fue el fugaz mandato del *Intruso*.

Nada podría objetar el crítico más severo al interesantísimo estudio. Sin embargo, en el capítulo de los orígenes del afrancesamiento, que aparece como Introducción del volumen, hay algunos puntos de vista sobre los que quisiera apuntar algún comentario.

El más interesante para mí es que el autor, tras su exacto estudio de los hechos, se suma a la común opinión de

que la Revolución francesa fue el fruto natural, diríamos normal, del espíritu del siglo XVIII, es decir, del culto de la razón, del amor a las luces, del *Aufklärung*. La forma más precisa de esta adhesión a la idea clásica se hallará en el párrafo de dicha Introducción en el que, hablando de «los intelectuales», dice que se prevalecieron de la libertad que el Despotismo Ilustrado les concediera «para estudiar y publicar las obras que conducirían al movimiento enciclopédico y más tarde a la Revolución en que la evolución completa su camino».

Ya sé que es un tanto desairado, y quizá inútil, discutir una opinión que, por lo menos entre nosotros y en el momento actual, pasa por dogma, sin acompañar la objeción de largas razones; pero aquí esas razones estarían fuera de lugar. A todo evento, sin coraza ni escudo de argumentos, por ahora, repetiré, porque no es la primera vez que lo digo, mi idea de que aquella opinión general no es enteramente exacta.

Ha sido, sin duda, muy frecuente que los esfuerzos de los hombres generosos para arreglar, en este o en aquel acto de la gran tragedia humana, nuestro imperfecto mundo, hayan acabado en una algarada cuando no en una catástrofe. Como esos esfuerzos de superación alcanzaron en aquel siglo XVIII su máxima ambición –pues se cifraban nada menos que en lograr «la felicidad» terrenal para el género humano, acaso por eso el eventual remate subversivo–, la Revolución francesa fue también de violencia excepcional. Y esto ha hecho pensar a muchos que el noble objetivo de crear una mente libre y un bienestar material para la mayoría de los seres humanos engendra inevitablemente la anarquía. En el final de la frase copiada

se ve hasta qué punto puede estar arraigada esta idea: «... *la revolución* –dice– *en que la evolución completa su camino*».

Hace falta insistir poco para darse cuenta de lo peligroso de esta afirmación. Porque de ser cierta habría que admitir o que el afán de la libertad y del vivir propicio, que constituye el fin normal de la evolución humana, son sentimientos subversivos; o que las revoluciones son episodios naturales de la evolución normal. Ambos supuestos son falsos. La humanidad, inexorablemente, marcha hacia la satisfacción adecuada del instinto de la libertad y de la paz. Con los altibajos inherentes a la permanente resaca de las humanas pasiones, que en ciertos momentos de dolor nos tornan pesimistas, es evidente que de siglo a siglo el hombre es más dueño de su albedrío y elimina mayor número de sufrimientos materiales. Y el que la Revolución, que es siempre un episodio retrógrado, pueda interrumpir aquella solemne ascensión, no quiere decir que sea obligatoria, sino que el común de los hombres no está todavía preparado para hacer un uso noble del progreso y lo utiliza para hacer el mal.

### III

Además no es exacto que la Revolución surja invariablemente del intento intelectual, del prurito de comprender las cosas y de sojuzgar el dolor. La Revolución francesa, volviendo a su ejemplo arquetípico, fue, como todas las revoluciones, más que un suceso político un accidente patológico, una explosión de las tres pasiones que acechan a la civilización, a saber: el resentimiento, la envidia y la

ferocidad masoquista. De esos tres eternos subterráneos motores de todas las revoluciones, los dos primeros los ha creado la civilización misma. Son como «reversos» inevitables del «anverso» del progreso y requerirán muchos siglos para superarse. El tercer elemento, la crueldad masoquista, es una energía ancestral que la civilización no ha podido, y quizá no pueda nunca, dominar. La humanidad resentida, envidiosa o cruel, que alcanza las tres cuartas partes del censo de nuestra especie, aprovecha los brotes de la libertad para quitarse la máscara y echarse a la calle. En las eras de paz, esas pasiones han tenido que recluirse en los antros oscuros del silencio, en los que fermentan y en los que aguzan, para cuando sea, su agresividad. Y a pesar de todos los fracasos, es lo cierto que la libertad es su única medicina, con sus inconvenientes y sus peligros, como todas las medicinas eficaces. Por eso se comprende el infinito tacto y la infinita energía que requiere la aplicación de la excelsa y delicada droga. En América –repito esta observación que ya he hecho en otra parte– el problema es distinto, por lo menos en muchos de sus aspectos, al de nuestra vieja e inmortal Europa. Pues allí los pueblos y los Estados modernos se han desposado, apenas nacidos, con la libertad y viven aún su candorosa luna de miel. Mas la humanidad europea tiene en su conciencia las huellas, quizá ensangrentadas, de infinitos avatares de esclavitud y de libertad. Ésta ha tenido que conquistarla muchas veces y se le ha roto, otras tantas, entre las manos. La vida de los Estados europeos es una perpetua lucha por el ensayo y la conquista de una forma potable y estable de libertad. Unas veces, la libertad conquistada con sangre y dolor, se nos ha hecho pedazos; y otras,

el arma con que íbamos a conquistarla se nos ha disparado por la culata. Y, sobre todo, como el amor a la libertad supone una veta de radical dignidad y como todo ser digno es crédulo, a la sombra de la gran cruzada se han alistado las brigadas siniestras de los envidiosos, de los resentidos y de los bárbaros que han deshonrado el ideal y le han dejado maltrecho y sucio del barro del arroyo.

Esos que truncaron la evolución humana, injertando en ella la Revolución, no son, claro es, los hijos; no son la consecuencia de los que propugnan la libertad y el progreso, sino sus radicales y específicos enemigos. Pero los que se apresuran a utilizar el argumento, ya discutido y desacreditado en las escuelas de lógica, de que todo lo que viene detrás es consecuencia de lo que pasó antes, lo olvidan, y olvidan, además, que hay otro aspecto del problema, el fundamental, el de precisar la causa de que, bajo la vida civilizada, pueda persistir la horda atroz dispuesta, en cuanto se aflojan los resortes sociales, a destruir la paz. Nosotros, los pacíficos, nos quejamos de que la paz sea turbada. Pero ¿estamos seguros de que fuera justa nuestra paz y de que la mereciéramos? En la Revolución francesa, que es la que más ha influido en la marcha ulterior del mundo, no sólo por su volumen, sino porque, a diferencia, por ejemplo, de la Revolución rusa, tuvo un maravilloso instrumento de propaganda literario y romántico; en la Revolución francesa, digo, es evidente que la explosión popular fue, no como por inercia se repite, la obra de los enciclopedistas, sino el producto de una vasta conmoción de extensión y profundidad, infinitamente mayores que aquella literatura ingenuamente pedantesca. Los que odian a los intelectuales no pueden halagar más fuer-



temente el pecado específico de éstos, que es la vanidad, que atribuyendo al correr de sus plumas la capacidad de derribar, como catapultas, los ídolos y los Estados. Todo ese oscuro poder del intelecto es un inocente espejismo. El mismo autor del hermoso libro que comento dice, en varias ocasiones, con absoluto acierto, que el espíritu de la *Enciclopedia* no llegó a las grandes masas, las que se lanzaron a la batalla iconoclasta.

Precisemos, sin embargo. Algo, y algo no menospreciable, llegó, sí, a las masas; pero no la convicción razonada, ni el afán de la luz, ni el sentimental y un tanto infantil deseo de la felicidad y del bien, sino el eco falso, excesivo e inexacto que tiene la predicación, venga de donde venga, en el oído y en la pasión de las colectividades. El hombre que habla a la muchedumbre nunca dice, para estos efectos, lo que ha dicho, sino lo que han escuchado sus oyentes, que, con frecuencia, no coincide con la intención del orador o del escritor. Al mismo Cristo, con haber dicho las supremas verdades con la suprema claridad, le han seguido, o dicen que le han seguido, tantas y tantas veces, no por sus divinas palabras, sino por espejismos de la resonancia de ellas en los oídos humanos, que están radicalmente dispuestos a deformar, con arreglo a sus apetitos, la más pura verdad. Con todo, la verdad es siempre intangible, y la agitación aceda de las almas y el trastorno de la conducta que puede seguir a esa agitación sólo se producen cuando el hombre está acorralado por la injusticia.

Ahora se sonríen las gentes de este modo de pensar, que despectivamente se llama «progresista». Pero el hecho es que cuando se logra sojuzgar o superar a la Revolución,

inmediatamente tenemos que reconocer un fondo de justicia en la inquietud del revolucionario; y el antirrevolucionario vencedor adopta, a su vez, invariablemente, la retórica progresista.

#### IV

Viene todo esto a cuento del origen del afrancesamiento de los españoles que, como certeramente indica Artola, fueron, en parte, los representantes de los buenos, de los excelentes varones que en el siglo XVIII quisieron, honrada y cristianamente, hacer un mundo mejor. Su fórmula, feliz en muchos aspectos, fue el Despotismo Ilustrado, admirablemente estudiado en estas páginas. El Despotismo Ilustrado significaba –y significa, porque hoy está en vigencia en varios países– el reconocimiento de la legitimidad de la libertad y de la necesidad del progreso, pero administrado desde el poder. Tenía el Despotismo Ilustrado sus inconvenientes y sus peligros. Pero para los pueblos incapaces de hacer uso de la libertad y de la cultura no se ha inventado nada mejor. A través de las oscilaciones históricas –y la de los *afrancesados* es particularmente expresiva– ocurre, a veces, que el Despotismo Ilustrado parece una actitud antiliberal. Mas en su origen y en su esencia fue, y es casi siempre, la única forma posible del liberalismo. Artola destaca muy bien este común origen del liberalismo y del Despotismo Ilustrado cuando escribe, hablando de la evolución política del siglo XVIII: «Todo parecía anunciar el Estado liberal. Su teoría se encuentra preformada, sus conveniencias y ventajas saltan

a la vista. Y es entonces cuando los *aufklärer* [los hombres de las «luces»], al ir a aplicarlo a la práctica tropiezan con la realidad y sustituyen su liberalismo teórico por un despotismo práctico». No es, en realidad, sustitución, sino matiz. A veces, incluso el matiz despótico es el verdaderamente liberal; sobre todo, aunque parezca paradójico, en los pueblos viejos, trabajados por largas y profundas culturas, creadoras de formas casi anticiviles, desde luego antiliberales, de la individualidad.

Los *afrancesados* españoles, liberales, según ellos, no tan liberales para nosotros, acabaron, durante la guerra y la emigración, por ser enemigos de los que oficialmente se titularon liberales. Éstos, desde luego, tenían también muy poco liberalismo legítimo, fuera de su palabrería. De aquí la confusión con que hoy todavía vemos este episodio de nuestra historia. Los liberales patriotas, los de las Cortes de Cádiz, no eran, como digo, en verdad liberales, como no lo han sido, salvo excepciones, los que desde entonces se han llamado así, no sólo en España, sino en toda Europa. Eran, casi todos ellos, jacobinos, esto es, la representación de la máxima y de la más funesta superchería del liberalismo. Su espíritu era capaz de comprender muchas cosas que no comprendían los tozudos absolutistas, como mi antepasado el pintoresco y furibundo *Trapista*. Pero tenían también prejuicios, algunos tan graves como el anticlerical; y el prejuicio, político y humano, es incompatible con el liberalismo verdadero. Verdaderos liberales no hubo en aquella época más que el pequeño grupo que vivió y sufrió persecuciones sin cuento, acusado por las dos fuerzas extremistas de Jovellanos y los suyos.

El jacobismo, aunque el nombre nació en la Revolución francesa, era muy anterior al episodio que comentamos. Venía actuando y creciendo desde el siglo XVII. Incluso en España, que casi todos los autores, el mismo Artola entre ellos, suponen inmune a estos extremismos políticos y religiosos, existía también. Por ejemplo, la Revolución de Aragón en tiempo de Felipe II fue una verdadera algarada prejacobina. Y este jacobismo, de remota trayectoria, fue el que se interpoló en la noble evolución del *Aufklärung*, convirtiéndole en revolución y retrasando su eficaz trayectoria.

## V

Conviene recordar todo esto, porque tiene muchos puntos de contacto con los recientes sucesos de España. Con las diferencias que impone el tiempo y la inmensa evolución en las ideas y en los modos de vida, y, sobre todo, la aparición y el auge de las organizaciones sociales, así como el increíble desarrollo de las técnicas, también ha habido aquí, entre nosotros, una generación de hombres nobles, desinteresados, eficaces, representados, para ser breve y con las necesarias salvedades y ampliaciones, por lo que se designa por generación del 98, y sus secuencias. Las cuales se propusieron colocar a España, retrasada y dormida, en un nivel de dignidad internacional, y lo consiguieron. Sus tres hombres más representativos fueron Ganiwet, Costa y Cajal. Los que ahora hacen consideraciones frívolas sobre estas generaciones no podrán presentar nada parecido el día que la Historia exija a todos, ya alejados

en el tiempo, las cuentas. No es lo mismo dar voces encomiando las glorias de nuestro pasado que trabajar silenciosa, eficaz y desinteresadamente por mejorar las incomodidades y los defectos del presente.

A la sombra de este generoso impulso se engendró, es cierto, una revolución, retardataria, como todas, y, como todas, patológica mucho más que política. Y, como de costumbre, se echó sobre aquellos claros varones una responsabilidad, que acaso fueron, entre los contemporáneos, los únicos que íntegramente la podrían rechazar. Una vez más, los que los motejan todavía, siguen sus mismas normas sociales, culturales y hasta, en gran parte, políticas. En lo que dicen que se diferencian, no hay más que artificio. Son diferencias de la corteza y, a veces, diferencias inventadas.

## VI

A la vuelta de estas consideraciones, ¿queda a salvo la conducta de los *afrancesados*? Con las reservas que impone siempre la actuación humana, nunca libre de error ni de pecado, claro es que sí. Cuantos españoles han hablado de los *afrancesados*, no al son de la fanfarria propagandista, sino en la serenidad del estudio, los han tenido que defender. No hay un solo libro documentado sobre este tema del que los *afrancesados* no salgan absueltos, aun aquellos que fueron escritos para atacarlos.

Existen, entre otros muchos que les favorecen y les alivian de culpa, dos hechos fundamentales que en el libro de Artola se destacan también: uno, que la dinastía espa-